curaba grabar en su memoria aquel eco suave de perfecta humildad, y sin conciencia de ello repetía quedamente:

*Vuestra soy, para Vos nací:*
*¿Qué mandáis hacer de mí?*

La estrella precursora del alba resplandecía en el azul carminoso del cielo, y en el Oriente empezaban á dibujarse las primeras tintas que anunciaban el día; vagas nieblas hacían palidecer los rayos de la luna, y envolvían los montes en vaporosos velos.

—Avila, Avila, reverendas Madres,—dijo de pronto la alegre voz del conductor.

Juana inclinó la cabeza para ver su amada ciudad; hay en el suelo donde se nace una simpatía misteriosa, que atrae con fuerza irresistible el corazón de sus hijos. Bien puede el hombre viajar en busca de maravillas, y recorrer la tierra para admirarlas; mas por mucho que vea, siempre latirá dulcemente su pecho al divisar el campanario del pueblo donde abrió sus ojos á la primera luz.

Teresa sintió un vago estremecimiento; inclinó la frente, é hizo una breve oración al Señor para que le diera fuerzas; presentía que la esperaba una cruz pesadísima, mas no la que era en realidad.

El coche aceleraba su marcha; las torres y murallas, el puente y el río, las huertas y molinos, se veían aparecer en lo escabroso del terreno, y se detallaban á medida que acrecentaba la luz.

Al mismo tiempo que ellas, entraba en Avila, por diferente puerta, un mensajero de Roma que traía el Breve para la fundación del nuevo monasterio.

# CAPITULO XI

## SOBRE UN VOLCÁN

### I

El 24 de Agosto de 1562, fiesta de San Bartolomé, las pocas personas que transitaban por delante de la casa que públicamente labraron los esposos Ovalle, se detenían admiradas de la extraña transformación que de la noche á la mañana se había hecho en ella.

Los huecos que parecían haber dejado para ventanas estaban tapiados, y sólo en lo más alto veíanse estrechos tragaluces, defendidos con fuertes y menudas rejas de hierro. Si los curiosos seguían los muros de piedra, toscamente revocados, se hallaban ante una puerta, por la que descubrían un zaguán largo y medianamente ancho, y en él otras dos, la de la derecha cerrada herméticamente, y la de la izquierda cubierta sólo por un pesado tapiz.

Los que, preocupados por el severo aspecto de

la casa, penetraron en el zaguán y alzaron el tapiz, vieron con asombro una pequeña iglesia, pobremente alhajada, y que, si no ostentaba lujosos mármoles ni bronces, poseía el mayor y más precioso de los tesoros: el adorable Sacramento del altar, que en un sencillo trono de luz y flores se hallaba expuesto á la pública veneración.

Una rejilla de madera situada á un lado del presbiterio permitía ver el coro provisional, desde donde oían Misa las religiosas; era todo tan extremadamente humilde, que se comprendía bien el espíritu de penitencia con que se había dispuesto.

Ante los asombrados circunstantes se verificaba una tierna ceremonia: cuatro doncellas pobres, escogidas para ser las piedras vivas de la Reforma del Carmelo, tomaban el santo hábito con la alegría que debe sentir el que cambia los abrojos de la tierra por las eternas flores del paraíso.

## II

¿Cómo se había llegado aquí en tan breve tiempo? Oiga el discreto lector algunas palabras acerca de este asunto.

Todos saben cómo el mismo día en que tornaba la hija de Cepeda á su ciudad natal, llegaban los despachos de Roma, y poco después Fr. Pedro de Alcántara—que había sido el primero en aprobar el espíritu de la fundación—vino impensadamente á darle feliz término. Teresa se alegró mucho de verle, y no pudo menos de admirar la mano de Dios, que tan á tiempo le traía. Hospedóse el religioso en casa de Salcedo, fué con éste á visitar al Obispo, y tan eficaces diligencias practicaron que pronto vieron cumplidos sus deseos.



El Breve del Pontífice ordenaba que la nueva comunidad diera obediencia al Prelado, y en tal concepto á él tocaba conceder la licencia; Fray Pedro la solicitó á la vez, encareciendo la virtud de Teresa y el bien que resultaría de lo que intentaba; D. Álvaro de Mendoza, aunque al principio se opuso por no tener renta el monasterio, convencido al oir las razones que aducía el santo franciscano, se inclinó á favorecerlo y empezó por admitirlo.

El más profundo secreto envolvía estas negociaciones, pues temían, si se supieran, alborotos en el pueblo. Teresa andaba muy cuidadosa; sabía lo necesaria que era su presencia en la nueva casa, y no hallaba pretexto para salir; Doña Inés de Guevara, cuya mala voluntad ya conocemos, la vigilaba de cerca, y tenía largas y secretas conversaciones con la Priora; mostrábale siempre desagrado y algo de compasión despreciativa, que la Santa Doctora soportaba con paciencia angelical; pero Aquel que veía las injusticias con que abrumaban á su sierva, quiso poner término á ellas, siquiera por breve tiempo.

Enfermó Juan de Ovalle, y la Priora dió orden á Teresa de ir á casa de su hermana: ¡sencillo medio que tan buen resultado consiguió! El esposo de Doña Juana sólo estuvo enfermo los días necesarios para que todo se acabara, y se hallaba tan bien la mañana que se inauguraba el nuevo convento, que era uno de los que estaban en la

iglesia con su familia, Doña Guiomar de Ulloa, el bendito Fr. Pedro de Alcántara, el leal amigo Francisco de Salcedo, y otros muchos deudos y personas notables de Ávila, amigas de Teresa de Jesús.

Sólo resta añadir á lo dicho ligeras noticias de las dulces y tímidas criaturas, ángeles de virtud, que tan altos timbres habían de conquistar en su gloriosa carrera.

III

Una doncella de Doña Guiomar de Ulloa, huérfana desde sus más tiernos años y amparada por la noble señora, era la mayor en edad y la primera que vistió el tosco sayal de las descalzas hijas del Carmelo; para borrar de sí hasta el último recuerdo del mundo, á su nombre de María de la Paz dejó por único apellido el título de la Cruz.

Antonia de Enao, que se llamó del Espíritu Santo, era hija de honrados labradores, y de tan dulce condición que jamás tuvieron sus padres que reprenderla ni castigarla. Desde muy niña sintió piadosas inclinaciones, y al crecer afirmóse en ellas hasta manifestar su vocación religiosa. El santo Fr. Pedro de Alcántara, que había guiado su juventud, la presentó á Teresa como joya sin precio, y ella la recibió muy gustosa.

Úrsula de los Santos, joven bellísima, algún tiempo inclinada á las vanidades del mundo, pero humilde, sencilla y con un corazón lleno de virtudes, sirvióse de las niñerías pasadas sólo para



acrisolar sus méritos, y llegó á la casa del Señor con tales disposiciones que debía ser uno de sus más bellos adornos: el maestro Daza la envió á Teresa, y ésta la recibió como preciosa perla del joyel que empezaba á labrar.

Una hermana del capellán de la Casa, el Padre Julián de Avila (de quien hemos de tratar largamente en esta obra), era la cuarta de las novicias, y dicho está con indicar la familia á que pertenecía cuáles eran sus méritos para llegar al honor de tan santa compañía. María era su nombre, y al tomar el velo se apellidó de San José, bajo cuya gloriosa advocación había puesto Teresa su primer monasterio en agradecido recuerdo de los muchos favores que debía á tan santo protector.

Al pie de aquel trono resplandeciente, y ante la presencia del Verbo de Dios en el misterio inefable de su amor, Teresa, al par de sus nuevas hijas, se despojó de lo último que le quedaba, el noble apellido de su antigua y esclarecida familia. Desde aquel día memorable en los fastos de la Reforma carmelitana, la ilustre hija de los señores de Cepeda y Ahumada se llamó sólo *Teresa de Jesús*.

IV

—¿Qué es esto?—decía un vecino á otro que salía de la iglesia apenas terminada la ceremonia.

—Un convento nuevo, seor Alonso Ruiz, —repuso el interpelado;—pero que, si las señas no mienten, ha de darnos que hacer.

—¿Por qué habla así vuesa merced? ¿Es cosa

del otro mundo una fundación en nuestra religiosa ciudad?

—Según sea ella; hay fundaciones de fundaciones, y ésta, por el pronto, tiene una contra gravísima.

—¿Cuál es?

—Que hacen voto de no admitir rentas, y dejo al ingenio de vuesa merced cómo vivirán: ó han de perecer de hambre, ó serán una carga para el pueblo.

—¿Y quién ha consentido semejante disparate?

—No lo sabré decir; pero muchos y grandes empeños deben jugar en el asunto cuando se ha hecho.

—Con perdón de los que mandan, hay cosas que obligarían á saltar á las piedras; de modo que tenemos encerradas unas cuantas mujeres que se han de acostar y levantar, como no les den sustento, por estas que son cruces.

Y con ademán expresivo manifestó el hablador, haciendo una cruz sobre la boca, el perpetuo ayuno á que juzgaba sentenciadas las nuevas religiosas.

—Más bajo,—interrumpió el otro;—guárdese vuesa merced su opinión si no quiere tener algún disgusto. Allí vienen Francisco de Salcedo, los esposos Ovalle rodeados de sus hijos, y otros nobles señores, que no tienen para qué enterarse de nuestra conversación.

En efecto, los aludidos cruzaban entonces la calle, hablando entre sí con alegría del feliz término que había tenido la fundación, y tan preocupados iban que ni repararon en el hosco semblante de los dos hombres.



—Parece mentira que tanta gente seria se deje traer y llevar así por una religiosa que, si no está falta de juicio, quizá tenga algo peor,—dijo sentenciosamente Alonso Ruiz.

—De modo que la hija del buen Cepeda, que Dios haya, es la que lo mueve todo por llevar adelante su capricho de ser tenida por santa, y Prelados, religiosos, monjas y seglares le sirven de juguete.

—Pero, señor, ¿no hay tribunal que castigue tales demasías?

—¿Quién le mete á vuesa merced en esos cuidados?—dijo de pronto con agria voz una viejecita que salía la última de la iglesia, y pasaba entonces junto á los dos murmuradores.—Harto hicieran en gobernar su casa y dejar en paz la del Señor.

—No sería vuesa merced Mari Hernández la *Entrometida* si hubiera podido callarse al pasar, —dijo con enojo el que tan aprovechadamente discurría;—y por si no sabe lo que tratamos, se lo diré muy por menor.

—No te canses hijo,—repuso con sarcasmo la anciana,—conozco tantos como tú, que tengo perdida la cuenta de las habladurías que han llegado á mis oídos. ¡Rancia costumbre es entre vosotros criticar de cuanto veis!

—Es que la crítica está ahora muy justificada, —dijo Alonso Ruiz;—una fundación como ésta...

—Vaya, vaya,—interrumpió Mari Hernández con una risita seca,—¿qué entendéis vosotros de eso? Mientras no os pidan, no rehuséis; y en todo caso, si no queréis dar, apretad bien los cordones de la bolsa, y punto concluído.

—Eso es fácil de decir.

—Y de hacer, cuando no se piensa como vosotros; con agua, no digo yo de rosas, sino de ángeles, debierais refrescaros los labios antes de tomar en boca á la santa hija del honrado caballero Alonso de Cepeda. Conozco á esa familia desde el tiempo de los abuelos, y los míos conocieron á sus generaciones anteriores, sin que nadie haya tenido (con justicia) que criticar sus acciones. Cuando emprenden alguna obra, es para gloria de Dios y bien de sus semejantes.

—Pues os digo que, si hubiera en Avila muchos de mi opinión, no se llevaría adelante esa locura; y poco he de poder, ó no he de dejar piedra sobre piedra hasta conseguirlo.

—Anda con Dios, Alonso Ruiz,—dijo gravemente la anciana;—sigue tus ideas, y ya veremos dónde vas. Castillos más fuertes que tu voluntad se han derribado para que se levante esta casita.

Y la buena mujer se alejó, mientras los dos hombres se miraban disgustados, aunque llenos de deseos por poner á prueba la solidez del edificio.

## V

No es fácil explicar el gozo de Teresa de Jesús al recorrer con sus novicias la pobre y estrecha clausura; la recia puerta y toscas paredes que la separaban del mundo le parecían tan firme baluarte, que jamás llegaría á percibir su ruido. Vigilante y llena de celo, se fijaba en los menores detalles; tan pronto remediaba una falta como prevenía un deseo, y alegre de todo, repetía entre sí:



«¡Oh bondad de Dios tan sin medida! ¿Qué más queremos? ¿Por ventura hay quien no tuviera vergüenza de pedir más?» (*Exclamaciones*, número 14.)

Las nuevas religiosas rogaron á la fundadora que les diera su bendición y licencia, y se retirasen para empezar á ejercer sus respectivos oficios.

Teresa quedó sola; y en vez de tomar algún descanso, que bien lo necesitaba, pues el trabajo de los últimos días tenía muy quebrantada su salud, fuese al coro y se arrodilló ante el altar; mas apenas intentó exhalar en algunas frases los sentimientos de tierna gratitud en que rebosaba su corazón, se apoderó de su espíritu un trastorno cruel; fué éste, como ella aseguró más tarde, uno de los ratos amargos que pasó en su vida, durante el cual todo se reunió para atormentarla. Representábasele su desobediencia al Provincial, el disgusto que éste recibiría al saber que, á pesar de su prohibición, estaba fundado el convento, y que se hallaba sujeto al Obispo y no á él; las dudas de si podría ella sufrir el rigor de las nuevas Constituciones hallándose tan enferma; el temor de que sus novicias se cansaran de vida tan estrecha; pensar si, aunque pudieran seguirla, llegarían á faltar absolutamente los recursos; la memoria, en fin, de las muchas amigas que la esperaban en el convento de la Encarnación, afligían su ánimo de un modo inexplicable, y daba bien á entender la horrible venganza del infierno vencido en la recién hecha fundación.

¡Pobre mujer! ¿Cómo pudo resistir esta prueba? En algunos momentos apuró toda la hiel de la incertidumbre, y hasta llegó á olvidar que